La casa de los espejos

Paola Cortés

Capítulo 1

La Casa de los Espejos

Por: P.Cortés

Entré, no pude soportarlo, su llamado me atraía cada vez más a ella. Apenas puse pie dentro, sentí cómo una fuerza invisible jalaba de mi camisa llevándome hasta lo más profundo del lugar. Intenté gritar pero terminé por rendirme y dejé que me arrastrara a donde fuera que quisiera.

**

Abro los ojos; millones de imágenes mías comienzan a surgir ¿qué he hecho? ¿por qué llegué hasta aquí? puedo verme en cada imagen sosteniendo una extraña sonrisa que no recuerdo haber tenido nunca ¿dónde estoy? de los reflejos emerge una pequeña puerta. Entro. Una silla está esperando, vacía, sin nadie que la pueda ocupar, de fondo, un vacío esplendoroso. La voz surge de alguna parte, quiere que la siga.

**

A donde quiera que vaya, millones de imágenes mías me siguen, cada una con mente propia, haciendo cosas que nunca he hecho -o no creo haber hecho- la voz me guía a lo largo de un pasillo donde me espera una criatura sin boca ni ojos en la que de alguna forma logro reconocerme. Toca mi hombro, me coloca una soga alrededor del cuello y comienzo a temblar. El terror va subiendo dentro de mi hasta mojar los pantalones que Berta me regaló y que nunca quise usar, hasta hoy, que por alguna razón, unas ganas casi salvajes me obligaron a empañarme el pantalón rojo asqueroso, ¿fue hoy? ¿o ayer? la criatura aprieta cada vez más el nudo alrededor de mí, siento cómo el aire se me va escapando hasta quedar inerte.

**

Caigo. Caigo. Caigo. Mis reflejos me persiguen, esta vez todos hacen lo mismo; están parados, mirándome caer. Sus ojos se clavan en mí, entre mis propios gritos alcanzo a percibir los de ellos, algo me dicen, no logro entender qué. Por un instante me detengo, ahí, enmedio del vacío soy capaz de moverme para tocar una de las tantas imágenes mías. Extiendo mi mano hacia la del otro y antes de llegar a tocarlo me toma violentamente por el antebrazo y soltando una carcajada que me estremece soy acuchillado una y otra vez. Antes de que la última gota de sangre en mi cuerpo me abandone, observo mi rostro a través del suyo y la tranquilidad me invade. Despierto y me veo hincado sobre mí,

sosteniendo el cuchillo en una mano y en la otra, mi cabeza.

**

Abandono el cuarto con mi cabeza colgando aún de mis manos para dirigirme a otro lugar. Cientos de ojos me observan a través de las paredes de cristal mientras camino por un pasillo que parece no tener fin. La voz surge nuevamente, quiere que atraviese el vidrio. Lo hago sin objeción. La sangre comienza a surgir de las heridas, no me importa y continúo. Camino por lo que parecen ser días hasta que la voz me ordena detenerme frente a otra puerta -la misma que tenía dentro la silla vacía- estoy por girar la perilla cuando escucho venir desde el interior un grito estremecido, casi ahogado y me detengo. Uno a uno los vellos en mi brazos van erizándose. Siento su respiración agitada pegándome en la nuca; escucho su voz en mi oído izquierdo «*serás castigado*» me dice. Intento voltearme para ver pero ya no hay nadie.

**

Escucho mis pasos multiplicarse como si miles me siguieran aunque voy solo. Mis reflejos vienen y van, siguen con sus vidas; uno cocina, otro se sienta frente a la computadora en la oficina, allá, a lo lejos, logro distinguir a uno afeitándose. El que está a mi derecha ha parado en seco para mirarme, en su mano sostiene algo que parece ser una carta. No hace nada, solo me mira a mi mirándolo a él. Parece que ha descubierto que somos iguales ¿o somos el mismo? «*Arrepiéntete*», me dice mientras estira la mano con la que sostiene la carta para entregármela. Me quedo paralizado, de repente, un silencio profundo invade el cuarto; los reflejos han dejado sus actividades y han volteado para verme «*Arrepiéntete, arrepiéntete, arrepiéntete, arrepiéntete*», dicen al unísono.

Abro la carta pero la hoja se encuentra en blanco. Comienzo a correr en línea recta, no puedo escapar, a dondequiera que voy, los reflejos están ahí, todos me miran. No soporto más, suelto un grito desesperado y caigo de rodillas al piso, me cubro el rostro con las manos y siento cómo el cansancio me invade hasta que mis ojos finalmente se cierran para caer en un sueño profundo.

**

Despierto esperando que todo fuera una pesadilla pero sigo aquí, encerrado. Los reflejos se han ido, por primera vez desde que entré me he quedado solo. Estoy en un cuarto, la única lámpara prende y apaga sin cesar, me mantengo tirado en el piso, no tengo ánimos para moverme, solo parpadeo. Alguien entra y camina hasta donde me encuentro, sus zapatos me resultan familiares no sé por qué. En realidad no me atrevo a subir la mirada hasta su rostro, permanezco en la misma posición, mirando esos zapatos, tratando de recordar dónde los he visto antes. El

extraño se queda inmóvil un momento, me tira una patada para asegurarse que sigo vivo, gimo un poco para satisfacerlo. Finalmente se arrodilla para ponerme mirando hacia él. Me descubro mirándome a mí mismo a través de sus ojos, su rostro ha tomado mi forma y el mío la suya. Me toma por el cuello y aprieta, tan fuerte que no alcanzo a reaccionar.

**

Me veo transportado hasta otra habitación, una con barrotes alrededor. Escucho pasos que luego se acompañan con un silbido macabro. Las celdas comienzan a crujir según se acerca el sujeto. No puedo más. *«¡¿Qué está pasando?! ¡¿Por qué estoy aquí?!»,* grito repitiéndolo una y otra vez.

«*Debes ser castigado*»

El carcelero ha llegado hasta mi celda sin darme cuenta, se encuentra frente a mí.

«*Dígame por favor ¿qué fue lo que hice para merecer esto?*», le digo desesperado.

«¡*Arrepiéntete*!», grita mientras se aleja.

Las lágrimas comienzan a cubrirme nuevamente, no puedo más, intento razonar ¿qué hice? pero ningún recuerdo llega a mí y me doy cuenta por primera vez que en realidad no recuerdo quién soy o qué hacía antes de entrar a este lugar.

A mi lado aparecen nuevamente los reflejos, han regresado nuevamente a su rutina, sin hacerme caso, conforme pasan los días, llego a creerme uno de ellos. Agonizo, deliro (¿o acaso no lo hacía desde que entré en esta pesadilla?) la necesidad de recordar se convierte en obsesión y paso el tiempo inventando cosas que *podría* haber vivido aunque después de un tiempo termino por darme por vencido y comienzo a aceptar que tal vez en realidad nunca ha habido una vida que recordar.

Mi carcelero viene todos los días y durante lo que parecen horas repite lo mismo.

«*¿Arrepentirme de qué si no recuerdo ni quién soy?*», le digo, pero nunca me responde.

Ahora estoy solo, en uno de mis juegos de inventar vidas, me miro el pantalón -sucio y desgastado- y me levanto exaltado «*¡Berta! ¡Berta me dio estos pantalones!*», recuerdo mientras la emoción de la esperanza me invade por un momento, para luego regresar a mi posición anterior en el

suelo cubierto con mis desechos fecales «*¿Quién es Berta?*» intento recordar más pero mi mente regresa al blanco en el que ha estado siempre.

El carcelero ha regresado pero esta vez no dice nada. Abre la celda y me arrastra para llevarme hasta una habitación donde esperan los otros reflejos sentados murmurando, uno que lleva mi cara y esta vestido con una bata negra se encuentra en sentado enmedio del tumulto.

«*¡Silencio!*» dice azotando un mazo en su escritorio, los murmullos paran «*traigan al acusado*»

El guardia me lleva casi arrastrando y me pone frente al juez.

«*Confiesa y arrepiéntete*» me dice manteniendo su mirada fija en mí. El resto de la sala guarda silencio como si esperaran la confesión del siglo.

«*Su señoría*» comienzo, aunque en realidad no tenga idea de lo que diré «*si pudiera usted ser tan amable de decirme ¿bajo qué cargos me están juzgando?*» Los murmullos comienzan nuevamente, esta vez casi gritando ante la sorpresa de mi pregunta.

«*¡Arrepiéntete!*» dicen todos al mismo tiempo. Reflejos uniformados me toman por los brazos y jalándome me llevan hasta una guillotina donde me espera un verdugo que tapa su rostro con una capucha negra con la leyenda «*life*» escrita en blanco. Me resisto, de nada sirve, me arrodillan y colocan uno de mis brazos sobre una de las navajas. Se escucha cómo cae la cuchilla seguido de mi grito de dolor. La sangre salpica a los reflejos que están en primera fila que ansiosos piden más. Ahora toca el turno a una de mis piernas, el dolor después de cada amputación se va elevando y siento cómo la sangre abandona lentamente mi cuerpo. Me desmayo.

**

Recorro una escalera, una mujer vestida de blanco me espera. No sé quién es. «*¿Se encuentra bien?*», me dice, asustado, me dirijo hacia ella estirando las manos -arrugadas y llenas de manchas- «*¿quién eres? ¿por qué me está pasando esto? ¿qué hago aquí?*» le digo pero ella no me responde, sólo se limita a sonreir. Llego al final de la escalera, un espejo me muestra mi reflejo sin cabello, lleno de arrugas y sin dientes. El terror no me deja avanzar y comienzo a gritar, no puedo soportarlo más «*¡¿Qué estoy pagando?! ¡¿qué hice?!*», la mujer me toma del brazo y desaparezco.

**

Me encuentro en un cuarto. Berta está conmigo ¿cómo pude olvidarla? tan bella, tan estúpida. Charlamos durante un rato sobre la vida, el trabajo,

amor, sexo... de repente todo regresa a mi: mi infancia podrida, mi adolescencia llena de odio y ahora, a mis 29 años, mi rencor vivo hacia una existencia fallida. Berta me mira con deseo y yo atino a devolverle la mirada. Berta, hija de mi jefe en la farmacéutica, Berta, la que nunca ha sufrido por nada, la que todo le ha llegado por arte de magia de su papá, Berta, la que se muere de amor por mi. Tardo un segundo en reaccionar, la tiro sobre la cama y comienzo a quitarle la ropa a mordidas, ella intenta ponerse a mi nivel de violencia pero solo consigue enardecerme más. La tomo por los hombros y luego por el cuello. Veo cómo sus ojos primero reflejan esa mirada que juzga que todo es un juego pero cuando comienzo a apretar con más fuerza se da cuenta -demasiado tarde- y pataleando de un lado para otro intenta zafarse, aprieto más y más, me clava sus asquerosas uñas recién pintadas en la cara, enfurezco y la suelto dando un grito. Recuperándose, intenta salir corriendo pero la detengo y la azoto contra la puerta. ¡Qué placer estoy sintiendo! ¿cómo no se me había ocurrido antes? no merece vivir, no mientras haya personas como yo que sufren por no tener nada. Continúo golpeándola con todo lo que me encuentro mientras ella intenta defenderse hasta que no lo hace más. Su cuerpo, inerte, permanece en el piso con el mío encima aplastándolo. Suelto el cable que había arrancado del televisor para asfixiarla ¡qué fastidio! ¿no podía aguantarse? en verdad quería asfixiarla; sentir ese último aliento, ¡qué maldita! ni eso me dejó disfrutar. Me levanto con la respiración agitada por el esfuerzo, me seco el sudor con la mano y me miro al espejo.

**

¿Fue real? No, no pude ser yo, es mentira. Miro a mi alrededor: mis reflejos aparecen llenos de sangre, asesinando sin piedad a cualquiera que esté por la calle. Me llevo las manos a la cara, me balanceo de un lado a otro «*¡¿esto querían que confesara?! ¡yo no lo hice! ¡no fui yo! ¡¿qué está pasando?!*» una voz surge al final del pasillo, me está llamando, no quiero ir, no quiero ver lo que me espera cuando la siga, quiero salir de aquí, quiero irme. La voz continúa llamándome, no puedo evitarlo; emprendo camino para ir tras ella.

**

¿Cómo llegué hasta aquí? El cuarto está lleno de espejos, en todos aparecen una serie de reflejos que me recuerdan a alguien pero no sé a quién. Uno de ellos está persiguiendo a un chico por la calle, mantengo la mirada cuando al fin lo alcanza y lo asfixia con un cable. Grito y empiezo a correr por un pasillo, alguien me atrapa por la espalda y apretando con fuerza pide que arrepienta y confiese seguido por un coro de reflejos que dicen lo mismo «*¿arrepentirme de qué? ¡díganme por favor!*» de repente los reflejos pierden mi cara y toman las de los que aparecen en el espejo siendo acechados por mí: veo a Berta, a mi madre, los chicos del parque, las prostitutas del callejón, las viejas del supermercado, todos enfurecidos

comienzan a apuñalarme y veo cómo mi sangre empapa el piso.

**

«*¿Ya está listo para su medicina?*», una mujer vestida de blanco me mira, no la reconozco «*¿quién es usted y qué hago aquí?*» le digo aferrándome a las sábanas de la cama «*Don Alberto, es lo mismo todos los días, soy Daniela, su enfermera ¿no me recuerda? está en el asilo de la Bendita Esperanza, ha estado aquí desde hace tres años, tiene Alzheimer*»

**

Estoy en la oscuridad. A lo lejos veo cómo una habitación llena de espejos me invita a a entrar ¿qué puede pasar?